Fray Alberto García Vieyra O.P.

UNA MUERTE QUE ES VIDA

(Revista Roma Nº 4 Mayo de 1968)

www.traditio-op.org
frayguidocasilloop@gmail.com

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

Una muerte que es vida

I. Mortificación cristiana

La palabra "mortificar", en sí misma, significa causar una penalidad o pesadumbre. En sentido cristiano, es penalidad preñada de esperanzas; si quebranta los placeres sensuales, si reprime los carnales, o corrige los humanos, lo hace para suscitar la vida de la gracia después de la resurrección en la eterna bienaventuranza.

La Mortificación Cristiana no es tema de nuestro tiempo, pero sí es para nuestro tiempo.

Existe en la Iglesia una opinión pública dirigida, embarcada en un gigantismo económico-social (pluralismo, marxismo, humanismo) que olvida lo auténticamente católico, odia y desfigura la fisonomía verdadera de la Esposa de Jesucristo.

La mortificación, la ascesis cristiana, es algo que repugna a esa "opinión pública dirigida"; progresismo regresivo, que camina hacia el naturalismo, entre crisis reiteradas de la fe, que han quebrantado la vocación sacerdotal y cristiana en más de uno de nuestros hermanos.

La mortificación es en el hombre, como una medicina amarga, que se toma para restablecer el equilibrio orgánico; en este caso, lo que se pretende restablecer es el sano equilibrio espiritual.

La Mortificación Cristiana, inspirada en la Fe y en el Evangelio, no es un estoicismo, sino que tiene profundo sentido religioso. Sentido religioso significa, en este caso, que es un factor importante, junto con la oración, para la progresiva religación (religio-religar), del hombre con Dios.

Únese el hombre con Dios participando en el sacrificio de la Cruz, en lo que éste tiene de culto, de oblación, de sacrificio. Para la unión con Dios el hombre debe morir al mundo y ganar así la vida eterna.

Creemos que con estas últimas palabras, hemos logrado definir el sentido propio de la Mortificación Cristiana. No es un maniqueísmo, como se ha dicho a veces; no pensamos en una disociación del alma y del cuerpo, ni en una desestimación de lo corporal. La Mortificación Cristiana se justifica porque su lógica interna es el sacrificio de Cristo en la Cruz. El cristiano, miembro de Cristo crucificado, debe asimilar esta lógica, esta prudencia de vida, y desestimar la lógica mundana, la prudencia de muerte.

Quien define así la mortificación cristiana es San Pablo. Hemos reunido algunos textos de sus epístolas, muy significativos. Significativos, decimos, no solamente por su valor documental, sino que enseñan la Mortificación Cristiana en una perspectiva sacramental. La Mortificación, los actos penitenciales del cristiano en gracia de Dios,

integran la economía del vasto "sacramentum" de la Redención. Antes que nada, es exigencia de la misma gracia que desciende de la Cruz.

Hemos procurado explicar esto valiéndonos de algunos pasajes principales del Apóstol de las Gentes. Para ello hemos concretado su carácter positivo, opuesto al concepto negativo —aunque también teológico— de pura penalidad y castigo del pecado.

II. La Mortificación Cristiana tiene un valor positivo, de vida y de resurrección

En general toda la mortificación cristiana, desde la penitencia debida por los pecados mortales y veniales, la mortificación de los malos hábitos, hasta las últimas purificaciones pasivas del sentido o del espíritu, como en su defecto, las mismas penas del purgatorio, tienen la misma razón de ser: causar la vida, llevar al hombre, sea aún viador o comprensor, a las puertas de la bienaventuranza, a la visión beatífica.

Tenemos algo paradojal, que merece ser explicado: que la muerte lleva a la vida, la pérdida a la ganancia, la destrucción a la resurrección.

a) Valor positivo:

Las palabras mortificación, muerte, causar la muerte, no tienen evidentemente un valor positivo. El hombre siempre encontrará positiva la vida, pero no la muerte. Expliquemos un poco.

Efectivamente, el primer sentido de muerte es negativo. Vemos que la muerte aparece en el hombre como castigo del pecado y del primer pecado: "morte morieris" (Gen. II, 17). Asimismo, en el libro de la Sabiduría se lee: por envidia del diablo entró la muerte al mundo (Sap. II, 24); y San Pablo dice que el estipendio, lo debido por el pecado, es la muerte (Rom. VI, 23). Evidentemente: morte morieris, morirás de muerte, la promesa del Señor a Adán se cumple.

Pero Dios no mata instantáneamente a Adán después de su caída. Sin embargo, entra la muerte al mundo, pero se presenta bajo tres formas diversas, adaptadas al modo de ser del hombre.

Una forma imperfecta: la enfermedad, la descomposición orgánica en el mismo individuo, las guerras y rivalidades entre individuos de la misma especie.

Otra forma perfecta, que es la separación definitiva del alma y del cuerpo, seguida de la rigidez cadavérica, por cualquier agente extrínseco, eventual, o por la misma enfermedad: "A la mitad de mis días entraré en el sepulcro... no veré al Señor en la tierra de los vivientes... cortada ha sido mi vida como tela por el tejedor" (Is. 38, 10).

Por último, la muerte escatológica consumada, padecida definitivamente por el hombre ya en el estado de comprensor: el infierno.

Frente a este sentido escatológico-negativo, aparece el senti-do positivo también finalista: la muerte de Cristo en la Cruz ven-ce la pena de muerte por el pecado. Veamos esto en San Pablo.

"La muerte ha sido sorbida por la victoria; ¿dónde está muerte tu victoria? ¿dónde está muerte tu aguijón?" (I Cor. XV, 55). Y en la carta a los Hebreos, hablando del Señor dice el Apóstol: "Pues como los hijos participan en la carne y en la sangre, de igual manera El participó de las mismas, para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es al diablo" (Heb. II, 14).

Contamos entonces con dos sentidos de la palabra "muerte". La muerte-caída en el infierno, la muerte-resurrección en la gloria. La primera podríamos considerarla como la culminación de la ciencia del mal, opuesta en el Paraíso a la ciencia del bien. La segunda, la muerte-resurrección, sería el término escatológico de la ciencia del bien, el término final del camino trazado por la práctica de las virtudes cristianas. Es esta última la que posee un sentido vital y realmente positivo.

Expliquemos un poco más. El espíritu vive de lo que contempla y la "ciencia" es su alimento vital: se vive, se camina, según la ciencia, según el saber que se asimila. La ciencia del mal es asimilación del mal, la aversión a Dios, la desobediencia a su ley divina o natural, la profanación de lo sagrado en el ámbito reservado a la Divinidad. Es un saber para la muerte, en la opacidad de un mundo sin mensaje, donde los cielos muertos no cantan la gloria de Dios. La ciencia del mal, un saber naturalista, intencionalmente profano, cerrado en el mundo y profanándolo, lleva en sus entrañas la muerte-caída, la muerte-castigo de Dios, que va a terminar en el infierno.

En cambio, por la Cruz de Jesucristo, la muerte misma sufre una suerte de transustanciación. Cristo muere y vence —según los textos mencionados— al imperio de la muerte. Es el sacrificio de la Cruz que nos libró de la ley del pecado y de la muerte (Rom. 8,2). Es por el sacrificio de Cristo en la Cruz que se verifica ese cambio en la sustancia misma de la muerte que hemos denominado transustanciación. La sustancia de la muerte es ser castigo, pena del pecado, y se cambia en vida. Es la obra de la gracia. La gracia divina trae al hombre todos los méritos de la Cruz, incluido el triunfo sobre la muerte. El poder redentor de Cristo viene al hombre con la gracia, entra en el corazón del mal y lo mata. La Cruz de Jesucristo vence al mal y lo destruye en cada uno de los hombres. La muerte es vencida, en el lenguaje paulino, la muerte es transformada en vida, la caída en resurrección. En todas estas expresiones se significa el proceso interior semejante a la transustanciación del pan y del vino. En la transustanciación, se verifica la conversión del pan y del vino en el cuerpo y sangre del Señor, quedan los accidentes. En el caso de la muerte, queda también intacta la fisonomía externa: enfermedades, separación del alma y del cuerpo. Pero hay un cambio sustancial: aquello ya no lleva el germen de la condenación, sino el principio de la resurrección y la gloria eterna.

La Cruz del Salvador, en cada uno de nosotros, es la mortificación cristiana; ella nos hace participar de los méritos y virtualidades de aquélla.

b) Valor de Vida y de Resurrección

Que la Cruz del Salvador pueda vivir en cada uno de nosotros y que sea principio de vida y resurrección, no es un juego de metáforas, contempla una realidad. Es una verdad, que aparece mucho más real si la avalamos con la autoridad del Apóstol de las Gentes.

La muerte de Cristo, dice San Pablo, es causa de nuestra reconciliación: "Porque si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más —reconciliados ya— seremos salvos en su vida" (Rom. V, 10).

El principio eficaz y eficiente de la reconciliación es la muerte del Señor por amor de los pecadores (ib., 5, 8). Si siendo pecadores Dios así nos amó, mucho más podemos contar con su amor ahora, ya reconciliados, en orden a la salvación. La muerte del Señor nos ha puesto en un camino de vida que terminará en la resurrección. Luego, la muerte de Cristo obra eficazmente nuestra resurrección a la vida de la gracia.

La muerte, entrada en el mundo a raíz del pecado, es sobre todo la muerte escatológica: nuestra caída en el infierno. El hombre, cuerpo y espíritu, ha bebido simultáneamente la obstinación y la idolatría. La obstinación enseñorea la parte superior; desde allí, manda la idolatría. La muerte, in fieri, pasa a los hombres como obstinación e idolatría: idolatría inferior de formas sensibles (totemismo, brujería), idolatría superior, donde el ídolo es el mismo hombre.

Pero el Apóstol, en este mismo contexto, nos enseña que por la obra de Jesucristo entró en el mundo la vida, la gracia, la justicia: "por la justicia de uno solo llega a todos la justificación de la vida" (V, 18); y San Juan lo confirma: "...con tu sangre has comprado para Dios hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación" (Apoc. V, 9).

III. Cómo se concreta la pasión y la muerte de Cristo en cada uno de nosotros (orden a la causa formal).

La pasión y muerte del Señor se concreta y formaliza en cada hombre mediante su participación. La participación es de dos maneras: de modo sacramental, por los sacramentos, sobre todo el bautismo y la penitencia; y de otro modo, que llamaremos subjetivo, por la mortificación propiamente dicha.

Es el mismo San Pablo que nos dice que por el bautismo participamos en su muerte: "para que como El resucitó de entre los muertos, por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva" (Rom. VI, 2-4). El vivir la vida nueva toca a

nosotros; es el programa, que desarrollará en otras cartas, de la mortificación cristiana y su sentido escatológico de resurrección.

IV. La obediencia de Cristo

La participación en la muerte del Señor saca su valor de la obediencia de Cristo. Su valor salvífico no viene tanto del hecho de la muerte, como del contenido obediencial del sacrificio y oblación del Cordero.

El término temporal de la misión del Hijo es el hombre-Dios: lo hecho y padecido por Cristo para salvación de los hombres. Según su expresa declaración ha venido al mundo para hacer la voluntad de su Padre: "Ut facerem voluntatem tuam Deus meus, volui", s. 39, 9 (quise, para hacer tu voluntad, Dios mío).

Cristo nuestro Señor al morir padeció violentamente, sin embargo murió voluntariamente (III, 47, 1). Voluntad y violencia constituyen el camino de la santidad. Voluntad de seguir los caminos de Dios: "Cuanto son los cielos más altos que la tierra, tanto están mis caminos por encima de los vuestros" (Is. LV, 9). Voluntad y violencia se concretan en la obediencia de Cristo, en el sacrificio de la divina Víctima, en la oblación pura y perfecta de la Nueva Alianza.

Santo Tomás expone las razones que explican la obediencia de Cristo, como causa de nuestra reconciliación.

La primera es para reparar la desobediencia de Adán, con la obediencia de mayor nivel, del Hijo de Dios hecho hombre. El género humano muerto en la desobediencia de su cabeza natural, revive en la obediencia de su cabeza mística. La obediencia hasta la muerte, viene envuelta en un carácter religioso, sacrificial: "La muerte de Cristo fue cierto sacrificio aceptísimo a Dios" (III, 47, 2). Tenemos aquí los elementos básicos, fundamentales, de la espiritualidad cristiana, sobre todo, del progreso de la caridad: voluntad, obediencia y sacrificio religioso, unido a la pasión del Señor.

La vida cristiana no se mide por el catálogo de mis "aperturas" frente al mundo, sino en seguir la obediencia de Jesucristo, caminar con El en el camino que conduce a la resurrección. Aunque rupturas dolorosas inicien el camino, como Jesús abandonado de sus discípulos, aunque la desolación y la fatiga acompañen el trayecto, aunque deba llevarse la cruz, aunque las sombras caigan sobre el Calvario, aunque la noche se cierna sobre las congojas del espíritu, el cristiano continúa en el gozo de la fe y de la esperanza, hasta el alba luminosa de la resurrección.

Vemos así cómo comienza a concretarse la Pasión y Muerte del Señor en cada uno de los cristianos que viven en gracia de Dios.

V. La obediencia cristiana

La mortificación cristiana en cada individuo, derrota la muerte escatológica por la obediencia de la Cruz.

Obediens usque ad mortem: obediente hasta la muerte, dice el Apóstol exaltando la oblación de Cristo. Obediente como cabeza, para dirigir y conferir valor a la obediencia de los miembros. Si caímos por la desobediencia de nuestros primeros padres, esa desobediencia influye en nosotros, mientras no viene con la gracia divina la obediencia de Jesús. La obediencia de Jesús nos salva, nos redime, pero es una obediencia crucificada, que vive y se alimenta de mortificar los apetitos de la carne y los placeres sensibles. Tal obediencia, así como es, señala el camino de la libertad cristiana.

Los miembros del Cuerpo Místico, unidos ya por el vínculo de la gracia y de la caridad, están unidos moralmente también a su Cabeza por el vínculo obediencial de la unidad de acción, dentro de un mismo plan salvífico; todo consiste en hacer la voluntad del Padre: hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo. La voluntad que significa resurrección.

San Pablo no escribe al pasar sobre la muerte y resurrección del cristiano. Es todo un desarrollo que ocupa tres capítulos (VI, VII y VIII), en su carta a los de Roma. No son para leerlos de corrida. Su verdadera explicación es la historia de todo el ascetismo cristiano. Solamente la Iglesia ha podido ir interpretando, poco a poco, todo el significado de estas perícopas, que nos hablan de morir al pecado y de vivir para Dios. San Juan de la Cruz desarrolla toda la teología de la mortificación cristiana, las noches del sentido y del espíritu; es toda una explicitación de estos capítulos sobre la derrota de la muerte escatológica, por la obediencia de la Cruz y la resurrección.

Los miembros del Cuerpo Místico nos uniremos a la Cabeza por la obediencia al instinto del Espíritu Santo y la mortificación, que representa en nosotros el misterio de la Cruz.

Se nos ha dado en el bautismo la restauración de la Alianza. Muerto al pecado, dice San Pablo (ib. VI, 2); éste es el hecho.

Ahora vengamos a lo que nos resta por hacer: no continuar viviendo todavía en él. Esto también es de San Pablo. Quiere decir, que después de bautizados, tenemos mucho por hacer. Dios quiere que luchemos, que hagamos méritos, que venzamos. El quiere que la vida nueva de la gracia sea un germen, que debemos mantener, consolidar, desarrollar, madurar. Es éste todo el secreto de la obediencia al instinto del Espíritu Santo. La vida nueva es hija de la Cruz de Jesús. Viene cargada con todas las exigencias que han incorporado el dolor a la sacramentalidad de la salvación. La vida nueva debe matar al pecado, debe crucificar la naturaleza y llevarla a la Resurrección.

Sigamos con San Pablo: “Así pues, haced cuenta de que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (Rom. VI, 11). Esta muerte se funda en el mismo principio de la muerte vivificante de Cristo, que el bautizado comienza a

participar. No es muerte-caída sino muerte-resurrección. La muerte-resurrección iniciada en el bautismo, se desarrolla y crece a expensas de matar al pecado y destruir las reliquias de la concupiscencia. Por eso la mortificación cristiana está cargada de gozo y de esperanza; no es algo negativo que se pierda en la nada. Es un morir al pecado, para quedar absuelto del mismo: "Si hemos muerto con Cristo, también viviremos con El" (ib. 8).

Todo esto nos enseña el valor salvífico de la mortificación cristiana, como San Pablo nos la presenta, transfigurada, bañada en la esperanza de la resurrección.

La penalidad inherente a la mortificación cristiana no vale tanto por su naturaleza sino por su valor escatalógico, su ordenación intrínseca a la salvación. Su modelo, es la pasión y muerte del Señor. Su eficiencia, es por la Cruz, o si se prefiere, por la sacramentalidad del dolor ofrecido en sacrificio, unido al sacrificio de Cristo en la Cruz. El cristiano tiene su verdadera vida en hacer la voluntad de Dios, en realizar la vida de Dios, la vida nueva, en el ámbito de la Redención, bajo la sombra del árbol de la Cruz, plantado en medio del nuevo paraíso que es la Iglesia.

Verdadera es la palabra: "si padecemos con El, con El también viviremos" (II Tim. 2, 11). La traducción latina usa una terminología más significativa: si con-mortui sumus, et con-vivemus. Dos cosas importantes: la muerte-con, unidos a la de Cristo, y la vida o la revivicencia también con, unidos a la misma resurrección de Cristo.

En el Comentario de Santo Tomás a este texto, la muerte-con Cristo, es por el bautismo y por la penitencia: "...item per poenitentiam, nos macerando" (In II Tim. 11, le. 2a. no. 56). La penitencia tiene un lugar importante de complementación de la vida sacramental. El pecado formal requiere la penitencia, para la condonación parcial o total de la pena merecida. Requiere la penitencia el orden mismo de la Redención por la Cruz y la unión con Cristo de los redimidos. El Angélico Doctor en el mismo contexto, prueba la necesidad dé la penitencia con las enérgicas palabras de San Pablo a los Gálatas: "los que son de Cristo, crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias" (VI, 24).

El cristianismo no es un dulce humanismo; no existe ninguna sabiduría superior que señale un camino de salvación, indulgente con nuestros pecados y concupiscencias. El pecado, cuando es realmente pecado, es acto de un sujeto normal, acto que no procede de trastornos mentales. En los casos concretos puede ser difícil de determinar, puede haber o no haber pecado real; pero el pecado, en sí mismo, presupone un sujeto en pleno uso de sus facultades. Tal sujeto normal está de hecho inclinado a diversos objetivos desordenados, contrarios a la ley moral. Ese sujeto, esa persona, dueña de su obrar, para ser buen cristiano y progresar en los caminos de Dios, debe realizar el programa que el Apóstol presentaba a los cristianos de Galacia.

Ni para dichos cristianos de Galacia, ni para los de Buenos Aires se trata de buscar una adaptación a las costumbres munda-nas. No. Trátase de redimir una vida de pecado, de indolencia, de indiferencia hacia las cosas de Dios, mediante la penitencia, la

crucifixión de la carne con sus vicios, apetitos desordenados y desorbitados. Esta es la norma dada por el Apóstol. Esta norma debe, por lo pronto, inspirarnos la práctica de las virtudes cristianas: la honestidad, la sencillez, la obediencia, la pobreza, etc; el cumplimiento de los preceptos fundamentales en la vida del cristiano; llevarnos a la oración frecuente, para pedir la gracia del Señor.

Es lo primero que podemos pedir a la norma dada por el Apóstol. Mal haríamos de hacerla entrar en diálogo con la norma de la prudencia carnal; de seguro sucumbiría ante mil razones: no es propio de nuestro tiempo, es andar a contrapelo, qué dirán los amigos, no puedo cambiar de mentalidad, dejo para más tarde, etc.

VI. La Resurrección llega al cuerpo

Llevando en el cuerpo la mortificación de Jesús... ("Mortificationem Jesu in corpore nostro circunferentes... etc.", II Cor. IV, 10).

Aquí encontramos de nuevo el carácter místico, sacramental, sacrificial, de la mortificación cristiana. Unida a la de Jesús, como aparece en el contexto, deja de ser algo profano para ser algo sagrado.

El Apóstol relata sus padecimientos por el Evangelio de Cristo; pero esos padecimientos no son algo extraño al mismo sino que pertenecen a la misma obra de la Redención. Después de enumerar diversos contratiempos y vicisitudes, resume todas ellas en las palabras mencionadas que las explican:

"Llevando siempre en el cuerpo la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Mientras vivimos estamos siempre entregados a la muerte por amor de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo" (vv. 10-11).

Estos versículos no son simplemente enfáticos, del alma apasionada de Paulo. Interpretan una realidad profunda. La vida de Jesús es recibida en nosotros por los sacramentos, en especial por la Eucaristía, en la cual es comido el "Pan de vida eterna". Participamos de Jesús Redentor, con su sagrada pasión y con su muerte: la agonía de Getsemaní, los azotes a la columna, la coronación de espinas, su dolorosa muerte de cruz. Todo eso viene a redimirnos y salvarnos en la sagrada comunión; pero, también todo eso exige del hombre nuevo vivir esa vida, actualizarla en sí mismo, en la fe, en la esperanza sobrenatural, en el ejercicio del amor sobrenatural que hace la voluntad del Padre que está en los cielos. Hay un misterio de transformación, de asimilación de algo inefable, infinitamente superior y divino, que llega al mundo del alma, la vida de Dios. Dios es el Huésped del alma; el camino de la Redención es el camino del hombre para la unión con Dios.

"Aprende a menospreciar las cosas exteriores y darte a las interiores, y verás venir a ti el reino de Dios". Ciertamente el reino de Dios es paz y gozo en el Espíritu

Santo; lo cual no se da a los malos. Jesucristo vendrá a ti y te mostrará su consolación, si interiormente le preparares digna morada ("Imitación de Cristo", 1.2 el).

La morada digna de Jesús es llevar en nuestra vida la mortificación de Jesús.

Para la teología espiritual, al tratar el problema de la perfección cristiana, no basta una exposición de la Redención, de la persona del Redentor, mostrando un modelo a seguir. Es indispensable mostrar el ámbito de la Redención y de la aplicación de las gracias redentoras en cada uno de nosotros. Es en este ámbito donde aparece la necesidad de participar de la mortificación de Jesucristo, o si se prefiere, prepararle la morada para que venga. El Señor viene, viene a un mundo dispuesto a recibirle; en ese mundo unos están dispuestos, otros deben disponerse poco a poco. El cristiano debe recorrer análogas etapas. Debe disponerse; pero disponerse para recibir a Cristo redentor es disponerse al misterio de la Cruz. Es el significado de no pocos pasajes de las epístolas paulinas: "Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros resulte reprobado" (I Cor. IX, 27).

De manera más clara no se puede expresar que la justificación requiere la mortificación. Pablo ve que debe llenar las condiciones de la justificación en sí mismo. Si en todas partes la muerte es muerte, sobre el árbol de la Cruz la muerte es vida y resurrección: "para mí la vida es Cristo y la muerte ganancia" (Fil. I, 21).

La mortificación cristiana es la muerte sobre el árbol de la Cruz. Por eso la mortificación es ganancia en la caridad, en el amor divino que la lleva al árbol de la Cruz. El ámbito de la Redención es la Iglesia, él Paraíso; es la fe en Jesucristo y la participación de su vida por vía de los sacramentos; es el árbol de la Cruz y la mortificación cristiana que completan la vida sacramental volviéndola eficaz para la gloria.

"Si uno murió por todos, luego todos son muertos. Y murió por todos para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para Aquél que por ellos murió y resucitó" (II Cor. V, 14-15).

Existe un dinamismo interno, poderoso y eficaz en la oblación de Cristo en la Cruz, que sin modificar las apariencias externas de la muerte, transforma sustancialmente su esencial penalidad para convertirla en vida "para Aquél que por ellos murió y resucitó". La penalidad profana es muerte; la penalidad sacramental y cristiana es vida.

La penalidad sacramental y cristiana, inherente al ejercicio de las virtudes, cuando el hombre se preocupa por seguir la ley de Dios, es propiamente una vida nueva, una verdadera y propia resurrección.

Hay en esto, desde luego, una liberación del mal, una ruptura benéfica con el pecado, un vuelo del espíritu en el amor de Dios. Pero, hay algo más, que es una verdadera resurrección. Así la califica el Apóstol. Quien rastrea los textos de las

Epístolas, encuentra a menudo la idea de resurrección, en el sentido de volver a la vida de Dios desde la muerte final o escatológica.

El cristiano, sepultado en el bautismo y renacido en Cristo, debe buscar las cosas de arriba: "si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo, sentado a la diestra de Dios" (Col. III, 1).

Buscad, no la promoción humana, no la lucha de clases, tampoco la higiene o el progreso económico, ni lo que podría catalogarse entre los valores del mundo, sino buscad a Jesucristo; buscad vivir en la gracia de Dios, en el cultivo de las virtudes cristianas.

El cristiano es invitado a buscar las cosas del cielo, el progreso de su vida espiritual. Hoy en día el cristiano también es invitado a buscar, pero su atención es llevada sobre las cosas del mundo. Es este un problema actual, que interesa al apostolado y la vida cristiana en general.

¡Buscad! mira a la intencionalidad de la acción. La intención debe purificarse y levantarse. Existen la intención del yo, de un yo clavado en la tierra; y la intención que eleva el yo hasta las regiones del cielo. La primera es una intención forjada en la prudencia carnal, en el temor mundano, en la preocupación por defender su candidatura a personaje, en la preocupación por el nivel de vida, etc. La segunda nace de la fe, de la esperanza sobrenatural, lucha contra las insidias del diablo y somete a la prudencia carnal.

El hombre abierto a la vocación cristiana, es un hombre que busca y debe buscar. Pero ese cristiano debe cuidarse, no dejarse distraer la atención, para buscar siempre el reino de Dios como se dice en el Evangelio, o buscar las cosas de arriba, como se dice en el contexto expuesto. La resurrección, obrada por la gracia divina, debe completarse con la búsqueda. Debemos buscar las cosas de Dios, en la oración, en la lectura espiritual, en las visitas al Santísimo, en nuestros semejantes.

Oportuno es este llamado a buscar las cosas, los valores del cielo y no de la tierra, ahora que hemos erigido el culto del hombre, de la libertad y dignidad humanas; oportuno viene, como un llamado de atención a quienes no vacilan en arrastrar la Iglesia al culto del hombre. La adaptación de las estructuras, adaptación a un mundo materialista, la adaptación a nuestro tiempo o al hombre de hoy, que es disolver la fe en las fórmulas ambiguas de un filosofismo nominalista, todo esto nos habla de la oportunidad del encargo paulino. El hombre debe buscar en la oración, buscar pidiendo perdón de sus pecados. La búsqueda siempre tropezará con la prudencia carnal, por eso añade el Apóstol: "Mortificad vuestros miembros terrenos, la fornicación, la impureza, la liviandad, la concupiscencia y la avaricia que es una especie de idolatría, por las cuales viene la cólera de Dios" (Col. III, 5-6).

A los de Éfeso también les escribe:

"Os digo pues y os exhorto en el Señor, a que no viváis ya como viven los gentiles, en la vanidad de sus pensamientos, oscurecida la razón, ajenos a la vida de Dios por su ignorancia y la ceguera de su corazón. Embrutecidos se entregaron a la lascivia, derramándose ávidamente en todo género de impurezas. No es esto lo que vosotros habéis aprendido de Cristo" (Ef. IV, 17-20).

En todas las cartas del Apóstol encontraremos semejantes recomendaciones.

VII. Conclusión

La Mortificación Cristiana, las prácticas penitenciales inspiradas en la caridad, tienen su valor de participar de la Pasión y muerte del Señor. Por la Pasión del Señor, quiébrase el vigor penal, de justo castigo, que la muerte escatológica y definitiva traía desde Adán.

La Mortificación Cristiana, según el Apóstol, se presenta como una exigencia de la gracia divina recibida en el bautismo, en el cual participamos de la muerte y resurrección del Señor. Es la "vida nueva", un camino totalmente inédito, abierto por la voluntad salvífica del Padre, una vocación (la vocación cristiana), un llamado hecho a los hombres para seguir a Jesucristo.

Nuestra respuesta subjetiva en cada uno de nosotros, se compone de tres cosas: voluntad, obediencia y vivir la muerte mística, o sea la muerte transformada en vida, traída por Jesucristo.

Voluntad unida por la caridad a la de Cristo, a la de la Santísima Virgen, para consumar en nosotros la voluntad del Padre.

"Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación" (I Thes, IV, 3). Es la voluntad del Padre, que viene al hombre, en la intencionalidad operativa de la gracia y de la caridad. Por la gracia y la caridad el hombre quiere poseer al mismo Dios, anhela la unión con el bien divino que ama. Es la exigencia propia del amor, es la voluntad, por la cual Cristo quiere su Pasión, y los santos anhelan unirse a la Pasión del Señor. En la voluntad, van implícitas la obediencia y la muerte mística, que madura y consolida la unión.

Es falso suponer, lo que se ha escrito algunas veces, que la moral católica, al abogar por la mortificación lo hace por un instinto de odio al cuerpo y por no ser una moral abierta. Es uno de los tópicos preferidos del gigantismo que decíamos al principio.

El amor debido a sí mismo es amor del alma y del cuerpo. Nadie amaba su cuerpo más que Jesús, podemos afirmar sin equivocarnos. El amor de caridad, al coger el cuerpo entre sus manos, lo incorpora también al sacrificio salvador, que será la gloria del mismo cuerpo unido al alma.

"Pues por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable. Y no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles sino en las invisibles; pues las visibles son temporales; las invisibles, eternas" (II Cor. IV, 17-18).

En síntesis, la misión salvadora del Hijo termina en el misterio de su muerte de Cruz. Tal es la causa eficiente de la salvación.

Pero por la gracia y la caridad, aquel misterio de la Cruz pasa a la condición de causa formal. La Mortificación Cristiana es el misterio de la Cruz, participado y como subjetivado en los hombres. Es lo que leemos en el Apóstol de las Gentes, y lo que indica suficientemente el carácter sacramental de la misma Ascética cristiana.

Fray Alberto García Vieyra OP
(Revista Roma, Nº 4, Mayo de 1968, pg. 41)